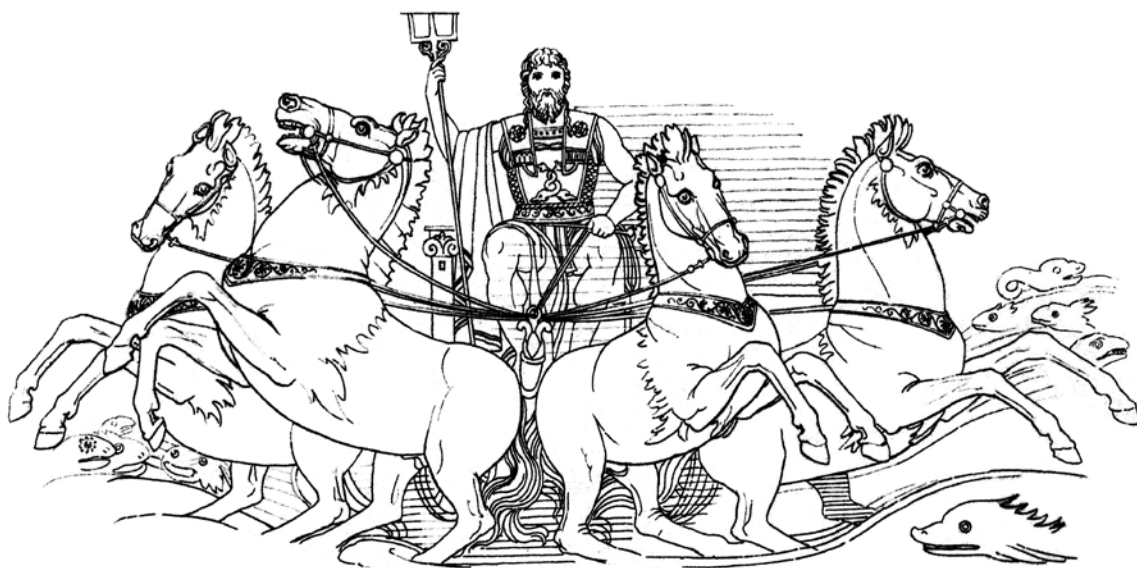


# Una fonda para leer la *Ilíada*

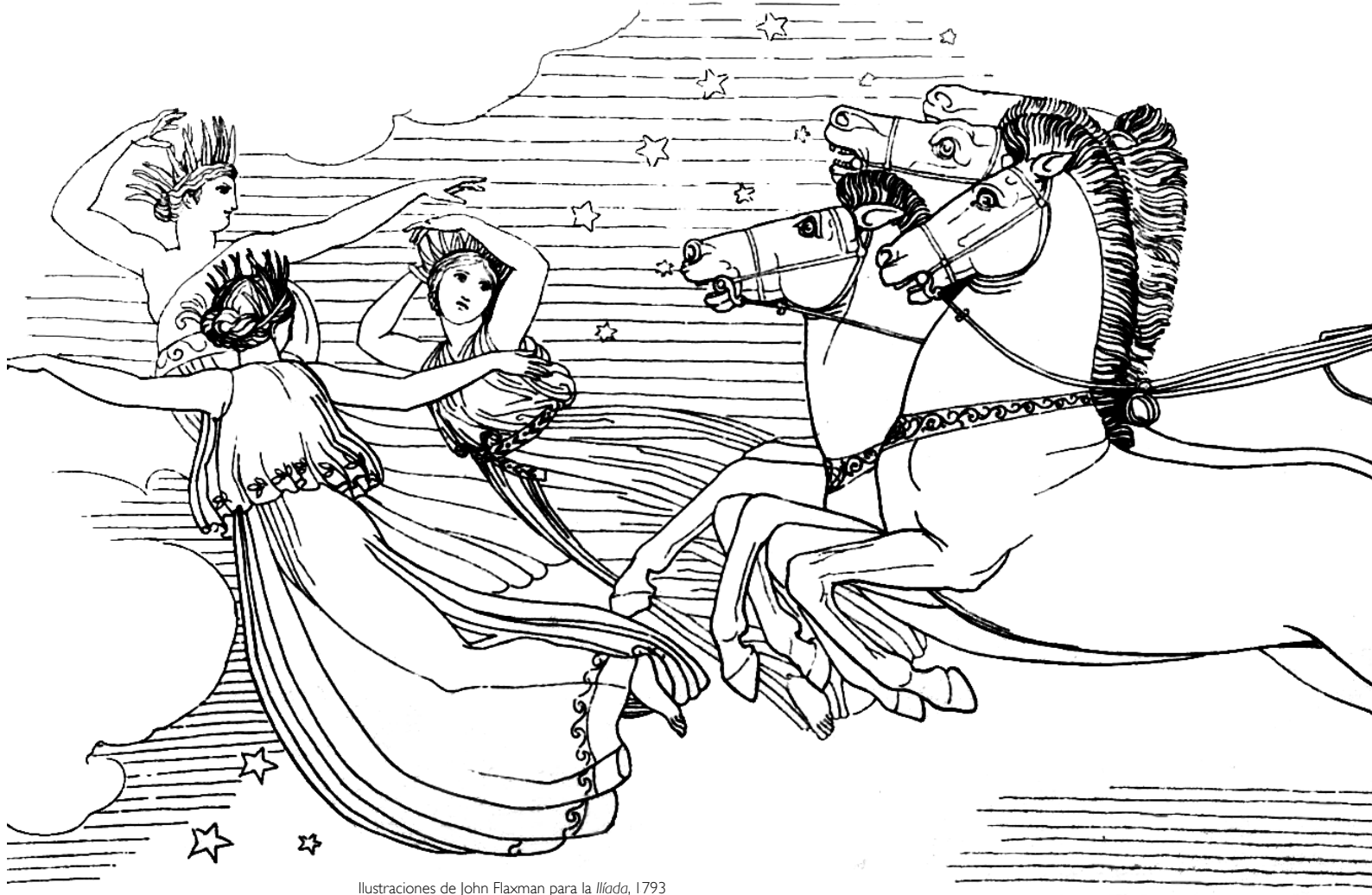
*Jesús Vicente García*



## I

CUANDO EL CALOR DE LA PRIMAVERA SUBE DEL ASFALTO y no sólo baja del cielo —a las tres de la tarde el cuerpo pide agua y comida—, se busca un lugar para saciarse; el chiste es comer rápido y limpio, porque hay que ir a trabajar. Por fortuna, se han inventado esos centros alimenticios tan democráticos denominados fondas: sirven de inmediato, el trato es familiar, es barato y se come cual si estuviésemos en casa.

Entonces descubrí la cafetería *Metropolitán*, *Independencia 101-B*, enfrente del otrora cine del mismo nombre, hoy teatro y centro de convenciones. La fonda de la famosa rusa, una señora entrada en años, bajita, delgada, blanca, que comanda a un grupo de meseras maduras, arriba de los cuarenta. Incansables entre las mesas. Los parroquianos piden albón-digas, pescado o chicharrón en salsa verde. Fonda rodeada de oficinas de gobierno y privadas, periódicos y escuelas de computación, se llena de



Ilustraciones de John Flaxman para la *Iliada*, 1793

mujeres en casimir, trajeados, estudiantes en su *carpe diem*, parejas salidas del hotel, \$39.00 la comida corrida, y cosa rara, aquí la característica no es el menú variado ni chefs invitados, ni comida especial de algún lugar o país. Todo es netamente casero, y como tal se atiende al deseo de comer.

Y así llegué al lugar situado entre los tacos El Paisa y una tienda de arte. Con tanta hambre, tanta prisa y con poco presupuesto, los tacos no llenan, los otros restaurantes son tardados y el bolsillo podría vaciarse sin la esperanza para el día siguiente. Uno se sienta y de inmediato las mujeres nos estudian, con vernos dicen éste quiere comida corrida, y así me vio aquella dama madura que me sonrió y sin chistar me preguntó si quería sopa de fideo o de habas; habas en caliente, pan, tortillas y agua en vaso de plástico desechable, que si se ve bien es hasta higiénico. Atrás de mí, una pareja que se besaba de vez en cuando discutía que tenían que llegar a la oficina en veinte minutos o el jefe se ponía intragable, pero lo que sí era tragable y saboreable era el chicharrón en salsa verde que se comía la señorita.

Me apunté con unas albóndigas con arroz y frijoles. Tres bolitas de carne molida que me supieron a gloria, y en la gloria estuve después de andar en la ciudad, con ese calor del metro, esos ambulantes que venden *devedés* de lo mejor para sus fiestas y no respetan ni a su madre, y el tiempo más limitado que un salario mínimo. Comí. Volví a nacer. Sentado al fondo, eventualmente volteaba hacia la calle, el viento que entraba era un masaje para mi rostro. Veintisiete minutos y mi estómago me daba las gracias, también mi bolsillo.

A partir de ahí ha sido un placer yantar y tener mis tripas llenas, para entonces sí poder continuar con la jornada de la vida. Pero sucede que en el día internacional de la mujer entré no con tanta prisa, aunque sí con mucha hambre. Recibí llamada de Basilio a mi cel. Estoy en el centro... te alcanzo... quiero que conozcas a... Te espero. En un santiamén entró con una joven que no se parece en nada a su exnovia. Presentaciones. Seleccionamos platillo. Ella le entraba con fe a un pescado empanizado, él a una pechuga ídem y yo volví sobre las albóndigas. La dama se llama



Briseida, por la que Aquiles y Agamenón entraron en controversia. La charla se fue en temas del calor, el día de la mujer (Briseida decía que hay que conmemorar, no festejar) y la literatura. Maestra en letras clásicas, saboreé la comida y sus lucubraciones acerca de la *Ilíada*; hace tantos años que la leí, y Briseida la maneja a la perfección. Basilio se quedaba menso ante la dama, quien lucía unos anteojos de armazón grueso negro en su rostro blanco, ojos cafés, cabello amarrado hacia atrás, ondulado y negro, cuello delgado; vestía un traje de casimir beige, blusa azul cielo. Cuando fue al baño, noté que era delgada. Durante el postre —gelatina, arroz con leche o dulce—, la escuchaba anonadado, pero mayor fue la sorpresa al ver los ojos de Basilio, esas miradas que sólo los enamorados tienen, esa combinación de admiración con estupidez. Ella tenía un brillo extraño en los ojos, pensé que era la gelatina de limón que saboreaba. Mi amigo estaba desconocido. Briseida continuaba exaltando las virtudes discursivas de Ulises, la fuerza de Áyax, ése coraje de Aquiles, la valentía de Héctor, lo voluble de Zeus, la fuerza de

Hera, la rapidez de Atenea, la belleza de Briseida, sólo me limité a escuchar: si mataban a Eneas, no habría *Eneida*. Sí, claro, por supuesto, repetía como tonto, gelatina en boca; no me acordaba de esos detalles. Por eso decidí releer la *Ilíada*, y ahora llego una hora antes de entrar a trabajar para leerla mientras saboreo mis albóndigas o mi chicharrón, cuando como fuera de casa, porque con la rusa no hay quién te corra, no pasa nada si comes con calma, si lees, si hablas por celular; por el contrario, la rusa, la que comanda la cafetería, está al tanto cuando a uno le faltan tortillas, pan, agua, no hay cosa que se le vaya.

## II

Hoy volví a entrar, pedí mi sopa de habas, mi pescado con su ensalada y me senté en el mismo lugar en que estuve con Basilio y Briseida. Como si lo hubiera invocado, Basilio me llamó. Me pidió opinión de qué le regalaba a la dama, hoy fue su cumpleaños. Pensé. Una mujer como ella es muy difícil y al mismo tiempo sencillo de resolver. ¿Ya comieron?, pregunté. Sí, hoy fuimos a una fonda acá por el metro Revolución. ¿Aman las fondas o qué? Es que es bien rara Bris, me responde. Entonces regálale un buen verso y llévala a tomar una buena cerveza en El Corona o una copa en El Gallo de Oro, ambos en Bolívar. Pedí más agua y otra gelatina. El calor ya no me estaba matando, ahora sonreí, volví al canto XIX, en donde Ulises le dice al divino Aquiles: “Ningún guerrero puede sostener el combate un día entero, hasta la puesta del Sol, sin haber probado bocado”. Yo trabajo la tarde-noche, y la fonda para mí es como un discurso de Ulises, mi segunda casa que hace mi vida más apacible. ▀▀